

La figura del obispo en el papa Francisco

Diego Fares, S. J.

Palabras claves
pastor, inclusión, oración, velar, servir

En la apertura de la 68 Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana, el 18 de mayo pasado, el papa Francisco pidió a los obispos no ser “pilotos”, sino verdaderos “pastores”¹. Muchas veces el Pontífice ha llamado a ser “obispos pastores, no príncipes”, usando imágenes que ya eran suyas en el tiempo en que gobernaba su antigua diócesis.

En el 2006, predicando los *Ejercicios* a los obispos españoles, en la plática introductoria sobre el magnificat hablaba de “sentirnos mayordomos, no amos, humildes servidores como nuestra Señora, no príncipes”. Y concluía los *Ejercicios* diciendo —en la meditación sobre “El Señor que nos reforma”— que “la gente quiere un pastor, no un exquisito que se pierde en las florituras de la moda”².

Esta opción pastoral no es exclusiva para los obispos, sino para todo “discípulo misionero”, cada uno en su estado y condición. En la exhortación *Evangelii Gaudium*, el papa afirma:

Queda claro que Jesucristo no nos quiere príncipes que miran despectivamente, sino hombres y mujeres de pueblo. Esta no es la opinión de un papa ni una opción pastoral entre otras posibles; son indicaciones de la Palabra de Dios tan claras, directas y contundentes que no necesitan interpretaciones que les quiten fuerza interpelante. Vivámoslas *sine glossa*, sin comentarios (n. 271).

1. Papa Francisco Bergoglio, Discurso a la 68.ª Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana, 18 de mayo de 2015.
2. Papa Francisco Bergoglio, *En Él solo la esperanza*. Ejercicios espirituales a los obispos españoles (15-22 de enero 2006), Madrid, BAC, 2013.

La imagen “pastores, no príncipes”, que algunos medios viralizan como un reproche a obispos y sacerdotes, bien leída, no significa ningún desprecio: es algo mucho más profundo. Hace al discernimiento de un cambio de época y, más hondo todavía, es una invitación a que ningún obispo, ningún sacerdote se deje robar la alegría de ser pastores³: “De ese modo, experimentaremos el gozo misionero de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios tratando de encender el fuego en el corazón del mundo” (EG 271).

Obispos que velan por su pueblo

Hay un carisma específico que expresa el nombre mismo de “obispo” —*episkopos*, en griego— sobre el cual, el entonces cardenal Bergoglio, reflexionó en el sínodo del 2001, dedicado a “El obispo, servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo”. Ese carisma que es también una misión propia del obispo consiste en “velar”.

Vale la pena transcribir el texto entero:

El obispo es aquel que vela; custodia la esperanza velando por su pueblo (1 Pe 5, 2). Una actitud espiritual es la del que pone el acento en *supervisar* al rebaño con una “mirada de conjunto”. Es el episkopo que está atento a cuidar todo aquello que mantiene la cohesión del rebaño. Otra actitud espiritual es la del que pone el acento en *vigilar* estando alerta ante los peligros. Ambas actitudes hacen a la esencia de la misión episcopal y adquieren toda su fuerza desde la actitud que considero más esencial que consiste en *velar*.

Una de las imágenes más fuertes de esta actitud es la del Éxodo en la que se nos dice que Yaveh veló a su pueblo en la noche de Pascua, llamada por ello “la noche de vela” (Ex 12, 42). Lo que deseo es resaltar esa peculiar hondura

que tiene el velar frente a un supervisar de manera más bien general o a una vigilancia más puntual. Supervisar hace referencia más al cuidado de la doctrina y de las costumbres; en cambio, velar dice más a cuidar que haya sal y luz en los corazones. Vigilar habla de estar alerta al peligro inminente; velar, en cambio, habla de soportar con paciencia los procesos en los que el Señor va gestando la salvación de su pueblo. Para vigilar basta con ser despierto, astuto, rápido. Para velar hay que tener además la mansedumbre, la paciencia y la constancia de la caridad probada. Supervisar y vigilar nos hablan de cierto control necesario. Velar, en cambio, nos habla de esperanza del Padre misericordioso que vela el proceso de los corazones de sus hijos. El velar manifiesta y consolida la parresia del obispo, que manifiesta la esperanza “sin desnaturalizar la Cruz de Cristo”.

Junto a la imagen de Yahvéh que vela el gran éxodo del Pueblo de la alianza, hay otra imagen más cercana y familiar, pero igualmente fuerte: la de San José. Él es quien vela hasta en sueños al Niño y a su Madre, con la ternura del servidor fiel y discreto, que hace las veces del padre. De ese velar profundo de José, surge esa silenciosa mirada de conjunto, capaz de cuidar a su pequeño rebaño con medios pobres; y brota también la mirada vigilante y astuta, que logró evitar todos los peligros que acechaban al Niño⁴.

El San José durmiente al que el papa Francisco le confía sus “papelitos” para que los sueñe es la imagen del obispo, del pastor que vela a su pueblo.

Obispos que se abajan e incluyen

Hacia abajo y hacia todos. Con dos simples movimientos de pastor y no de príncipe, el apenas electo papa Francisco se situó en la gran tradición de la Iglesia y del Vaticano II

3. Por la “acedia pastoral”: *cf.* EG 83.

4. J. M. Bergoglio, “Sorvegliare la coesione del gregge”, intervención en el sínodo sobre “El obispo servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo”, en: *Oss. Rom.*, 4 de octubre de 2001, pág. 10.

y generó en el Pueblo fiel de Dios un nuevo dinamismo espiritual.

El Concilio nos dice que, así como Cristo “se anonadó a sí mismo” y fue enviado a “evangelizar a los pobres”, también la Iglesia está llamada a seguir el mismo camino y por eso “abraza a todos los afligidos y reconoce en los pobres la imagen de su Fundador pobre y paciente” (Lumen Gentium [LG], n 8).

Cuando el papa Francisco inclinó la cabeza para recibir la bendición de su pueblo y cada vez que se sube al papamóvil y rodea la plaza llegando hasta los confines (o cuando elige los lugares de frontera para hacer sus visitas), sus movimientos nos hacen experimentar, y no solo ver, una figura posible de cómo puede ser un obispo en medio de su pueblo. Una figura que no busca “reemplazar” la de otros obispos o papas, sino que pide ser mirada y acogida con la actitud “amistad y cercanía” de quien sabe descubrir “la armonía del Espíritu en la diversidad de carismas”, como pidió el mismo Francisco a “sus presbíteros” —los cardenales—, a los dos días de haber sido electo⁵.

También su doctrina, no solo sus gestos, expresan un abajarse y un incluir que están en las antípodas de la mundanidad espiritual. Estas cosas no son originalidades suyas, es lo que pedía con simplicidad el Concilio: “Así la Iglesia, aunque el cumplimiento de su misión exige recursos humanos, no está constituida para buscar la gloria de este mundo, sino para predicar la humildad y la abnegación incluso con su ejemplo” (LG 8).

Y si bien es cierto que hay un juicio duro por parte de la gente y de los medios cuando ven que algún prelado tiene actitudes principescas, también es verdad que hay una gran simpatía para con cualquier pastor –sacerdote

u obispo— cuando se abaja y abraza a todos. El pueblo de Dios siente que es Cristo el que pastorea en sus pastores. Ya lo decía San Agustín:

Lejos de nosotros el pensamiento de que ahora falten buenos pastores. Lejos de nosotros el pensamiento de que la misericordia divina haya cesado de generarlos e investirlos con su misión. En realidad, si hay buenas ovejas, debe haber también buenos pastores; los pastores, de hecho, nacen en medio de las buenas ovejas. Sin embargo, los buenos pastores no hacen resonar su voz, los amigos del Esposo se alegran cuando escuchan la voz del Esposo (Jn 3, 29). Los buenos pastores están todos en la unidad, son una sola cosa. En ellos que pastorean, es Cristo el que pastorea.⁶

Al finalizar su discurso a la Congregación para los Obispos, del 2014, el Santo Padre se preguntaba:

¿Dónde podemos encontrar a estos hombres? (obispos kerigmáticos, orantes y pastores). No es fácil. ¿Existen? ¿Cómo seleccionarlos? (...) Estoy seguro de que existen, porque el Señor no abandona a su Iglesia. Tal vez somos nosotros quienes no caminamos lo suficiente por los campos para buscarlos. Tal vez nos sea útil la advertencia de Samuel: «No nos sentaremos a la mesa, mientras no venga» (cf. 1 Sam 16, 11-13). Con esta santa inquietud, quisiera que viviera esta Congregación.⁷

Obispos centrados en lo esencial

¿Cuáles deben ser las características del obispo que el papa propone como aquel del cual el Señor se sirve hoy para santificar, enseñar y pastorear a su pueblo? Francisco se las ha recordado a los obispos de la Conferencia Episcopal Italiana (CEI). La espi-

5. Papa Francisco, Audiencia a todos los cardenales, 15 de marzo de 2013.

6. San Agustín, “Sermón sobre los Pastores” (sermón 46,1-30) en: *id.*, *Sul Sacerdozio*, Roma-Milano, edizione La Civiltà Cattolica-Corriere della Sera, 2014, 168.

7. Papa Francisco, Discurso a la Reunión de la Congregación para los Obispos, 27 de febrero de 2014, en www.vatican.va.

ritualidad del obispo es regreso a lo esencial, a la relación personal con Jesucristo que nos dice: “Sígueme” y nos hace “pastores de una Iglesia que es, sobre todo, comunidad del Resucitado⁸. El papa lo había dicho ya algunos meses antes, en la reunión de la Congregación General para los Obispos: “Es necesario seleccionar entre los seguidores de Jesús a los testigos del Resucitado. De aquí se deriva el criterio esencial para esbozar el rostro de los obispos que queremos tener”⁹.

Y estas son las dos características del “obispo testigo” señaladas por el papa: una es que “sabe volver actual todo lo que le sucedió a Jesús”; la otra es que “no [es] un testigo aislado, sino junto con la Iglesia”¹⁰. Y a la Asamblea de la CEI el papa había resaltado precisamente: “la pertenencia eclesial” de “pastores de una Iglesia que es Cuerpo del Señor”¹¹.

Para captar mejor estas características, fijamos la mirada en Francisco. No porque todos los obispos tengan que ser como el papa en “su estilo”. Todo lo contrario: él propicia la diversidad de carismas: “No existe un pastor estándar para todas las Iglesias. Cristo conoce la singularidad del pastor que cada Iglesia requiere para que responda a sus necesidades y le ayude a realizar sus potencialidades. Nuestro desafío es entrar en la perspectiva de Cristo, teniendo en cuenta esta singularidad de las Iglesias particulares”¹². Hacer actual a Jesucristo Resucitado requiere que cada uno se sitúe en su actualidad única e intransferible y, siendo él mismo, sea fiel a lo esencial, armonizando su testimonio vital con el de los demás testigos.

Para hablar de lo esencial, puede resultar significativo releer, a dos años de distancia, las primeras veces que Francisco habló del “obispo”. Hizo cuatro menciones en su primera bendición *urbi et orbe*: señalando el deber del cónclave, dijo que era: “dar un obispo a Roma; agradeciendo la acogida de “la comunidad diocesana de Roma” le dijo: “tiene su obispo”; expresó su deseo de “hacer una oración por nuestro obispo emérito, Benedicto XVI”; delineó su misión en términos de proceso: “Ahora comenzamos este camino: obispo y pueblo” y valoró “la oración del pueblo, pidiendo la bendición para su obispo”¹³.

La otra mención fue en la homilía de la misa *pro Ecclesia* con los cardenales. Allí el Sumo Pontífice incluyó a todos los pastores como “discípulos de Cristo Crucificado”: “Cuando caminamos sin la Cruz, cuando edificamos sin la Cruz y cuando confesamos a un Cristo sin Cruz, no somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor”¹⁴. Como dice *Lumen Gentium*: “La Iglesia “va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor, hasta que Él venga (*cfr.* 1 Cor 11, 26)” (LG 8; *cfr.* LG 3; 5; 42).

Fue también significativo el modo como describió la figura de Benedicto XVI, al día siguiente, en la audiencia con los cardenales: “El ministerio petrino, vivido con total dedicación, ha tenido en él un intérprete sabio y humilde, con los ojos siempre fijos en

8. Papa Francisco, Discurso a la 66.^a Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana, 19 de mayo de 2014.

9. Papa Francisco, Discurso a la Reunión de la Congregación para los Obispos, *op. cit.*, n. 4.

10. *Ibid.*

11. Papa Francisco, Discurso a la 66.^a Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana, *op. cit.*

12. Papa Francisco, Discurso a la Reunión de la Congregación para los Obispos, *op. cit.* n. 1.

13. Papa Francisco, Primera bendición apostólica *urbi et orbi*, 13 de marzo de 2013.

14. Papa Francisco, Homilía en la misa “por la Iglesia”, 14 de marzo de 2013.

Cristo, Cristo resucitado, presente y vivo en la Eucaristía”¹⁵.

Abajarse, incluir y centrarse: tres movimientos en torno al Señor Crucificado y Resucitado con los que el Sumo Pontífice invita a los obispos a delinear su figura y a situarse como pastores del Pueblo de Dios.

Un obispo del Vaticano II: ungidos para ungir

En su primera misa crismal, como obispo de Roma, El Santo Padre situó a los pastores en la tensión fundamental que los constituye para ungir al pueblo fiel de Dios al que sirven, como dice el Concilio: “Este encargo que el Señor confió a los pastores de su pueblo es un verdadero servicio, y en la Sagrada Escritura se llama muy significativamente ‘diakonía’, o sea ministerio” (LG 24). “Al buen sacerdote se lo reconoce por cómo anda ungido su pueblo; esta es una prueba clara”¹⁶. En este “para” su pueblo se concentra todo el espíritu de un Concilio Vaticano II que el papa no “dice” que “habría que vivir”, sino que “lo está viviendo” junto con todos los obispos, sacerdotes y laicos que se alegran como discípulos misioneros al salir en misión con él¹⁷.

El carácter relacional y dinámico de la unción late en las frases simples y despojadas de sus primeras alocuciones. “Obispo y pueblo... comenzamos un camino en común” en el cual “La universalidad de los fieles que tiene la unción del Santo (cfr. 1 Jn 2, 20.27) no puede fallar en su creencia, y ejerce esta su peculiar propiedad mediante el sentimiento sobrenatural de la fe de todo el pueblo, cuando ‘desde el obispo hasta los últimos fieles seglares’ manifiestan el asentimiento

universal en las cosas de fe y de costumbres” (LG 12).

Ese “camino en común” es “sínodo” y alienta en esas palabras el espíritu sinodal del Vaticano II: “Desde los primeros siglos de la Iglesia los obispos (...) aunaron sus fuerzas y voluntades para procurar el bien común y el de las Iglesias particulares. Por este motivo se constituyeron los sínodos (...) y los concilios plenarios (...). Desea este santo Concilio que las venerables instituciones de los sínodos y de los concilios cobren nuevo vigor” (CD 36).

Y en lo que hace a la sintonía del papa Francisco con el papa Benedicto XVI, una perla son las palabras que Benedicto le dirigió a los obispos Argentinos, en el 2009 donde habló de “el óleo sacro de la unción sacerdotal” que hace estar al pastor como Cristo “en medio del Pueblo”. El papa Benedicto recordó en aquella ocasión a los obispos y a sus sacerdotes que “deben comportarse como el que sirve (LG 27), sin buscar “honor”, cuidando al “pueblo de Dios” con “ternura y misericordia”¹⁸.

Esta figura del obispo que presentó el papa Benedicto a los obispos Argentinos es la que el papa Francisco está proponiendo a todos los obispos, para que la vivan en plenitud en este momento de la historia.

La figura pastoral del obispo

Con este espíritu, es posible concentrar la figura del obispo en el papa Francisco en una imagen netamente pastoral: la del “pastor con olor a oveja”. Pero de modo tal que no sea una expresión original más, sino que unifique en torno a sí a las otras figuras que el Santo

15. Papa Francisco, Audiencia a todos los cardenales, *op.cit.*

16. Papa Francisco, Homilía en la misa crismal, 28 de marzo de 2013 (cfr. Concilio Ecuménico Vaticano II, decreto *Christus Dominus* (CD), nn, 12; 15; 16).

17. “El cuidado de las almas ha de estar informado por el espíritu misionero, de forma que llegue a todos los que viven en la parroquia” (CD 30).

18. Benedicto XVI, Discurso a los obispos de la Conferencia Episcopal Argentina en su visita *Ad limina apostolorum*, 30 de abril de 2009, 2.

Padre nos va dando. La figura del pastor con olor a oveja y sonrisa de padre¹⁹ atrae y conduce a muchas otras a formar constelación, como si fuera una gran estrella pastora.

¿En qué sentido es clave esta perspectiva pastoral para la figura del obispo? Decía Bergoglio en el 2009:

En el lenguaje del Concilio y de Aparecida, “pastoral” no se opone a “doctrinal”, sino que lo incluye. Tampoco es lo pastoral una mera “aplicación práctica contingente de la teología”. Por el contrario, la Revelación misma –y por ende toda la teología– es pastoral, en el sentido de que es palabra de salvación, Palabra de Dios para la vida del mundo. Como dice Crispino Valenziano: “No se trata de ajustar una pastoral a la doctrina, sino que se trata de no arruinar de la doctrina el constitutivo sello pastoral de origen. El ‘giro antropológico’ que hay que seguir en teología sin dudas o perplejidad es aquel que va paralelo a la doctrina ‘pastoral’: los hombres recibimos la revelación y la salvación percibiendo el conocimiento que Dios tiene de nuestra naturaleza y su condescendencia de pastor con cada una de sus ovejitas.”²⁰

Continúa Bergoglio:

Esta concepción integradora de doctrina y pastoral (que llevó a llamar ‘Constitución’ –documento en el que se da una doctrina permanente– no solo a la dogmática *Lumen Gentium*, sino también a la pastoral *Gaudium et Spes*), se refleja muy claramente en el decreto sobre la formación sacerdotal. El decreto insiste en la importancia de formar pastores de almas,

pastores que, unidos al único Pastor Bueno y Hermoso (hermoso en cuanto que conduce atrayendo, no imponiendo), “apacienten sus ovejas” (Jn 21,15-17)²¹.

Es que, de hecho:

la imagen del Buen Pastor es el *analogatum princeps* de toda la formación. Al hablar del fin pastoral como fin último, tanto el Concilio como Aparecida están entendiendo “pastoral” en sentido eminente, no en cuanto se distingue de otros aspectos de la formación, sino en cuanto los incluye a todos. Los incluye en la Caridad del Buen Pastor, dado que la caridad “es la forma de todas las virtudes”, como dice Santo Tomás siguiendo a San Ambrosio.²²

El papa Francisco, está siguiendo a Benedicto XVI, a la hora de hablar de la triple misión de la Iglesia y de los obispos. Benedicto precisó “el triple munus” de manera enriquecedora, poniendo los acentos de una manera nueva:

La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra.²³

Vemos cómo, al hablar de la enseñanza, usa la expresión *kerygma-martyria*, que es la que utiliza Francisco al desear obispos kerigmáticos y testigos de Cristo resucitado. Al hablar de la misión de conducir, Benedicto precisa usando “*diakonía*”, servicio de la

19. Papa Francisco, Homilía en la misa crismal, 2 de abril de 2015. Juan Pablo II dio un ejemplo similar: “Pienso en la sonrisa serena del papa Luciani, que en el breve arco de un mes conquistó al mundo” (Juan Pablo, Homilía del 27 de setiembre de 2003).

20. Cfr. C. Valenziano, *Vegliando sul Gregge*, Magnano (Bi), Qiqaiion, 1994, 16, citado en J. M. Bergoglio, *La importancia de la formación académica*, ponencia en la Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina, 18 de febrero de 2009.

21. *Ibid.*

22. *Ibid.* El texto de Santo Tomás citado, en el original es: *Ambrosius dicit, quod caritas est forma et mater virtutum* (Santo Tomás de Aquino *De Virtutibus*, 2, 3 *sed contra*).

23. Benedicto XVI, *Encíclica Deus Caritas est* (25 de diciembre de 2005), n 25. cfr. también: CD 11 y 30; LG 7.

caridad, que también Francisco pone en primer lugar²⁴. Este era un aspecto que estaba “tercerizado”, diríamos, en cuanto tarea episcopal, siendo que es tan esencial como las otras tareas. Decía Benedicto: “Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia”²⁵. El discernimiento de Benedicto XVI, al escribir sus encíclicas, fue que el mundo necesitaba que le hablasen de la caridad. Y la caridad tiene “el olor de las ovejas”.

Pastores con olor a oveja y sonrisa de padres

El papa Francisco no tiene problemas para hablar de “los pecados de los pastores”, incluyéndose a sí mismo y a la Curia, a un mundo como el nuestro en que ha disminuido “el sentido del pecado”²⁶. Sin embargo, si miramos bien, su frase más emblemática sobre los pastores, la que caló más hondo en el corazón de todos, curiosamente, no fue por el lado de la “ética”, que se impone, sino que fue por el lado de la “estética”, que atrae irresistiblemente. Su frase insignia fue: (quiero) “pastores con olor a oveja” (...) “y sonrisa de papá”, como agregó el último jueves santo.

Esa es la figura del obispo que tiene en el corazón Francisco. Y es la misma para los sacerdotes, los cardenales y para el mismo papa: pastores que no solo no pretendan vestirse con la lana de las ovejas, sino que anden “apasionados” por servirlos²⁷. Como vemos, más que de una figura del obispo, se trata de un olor. Un olor que, como todo olor fuerte, evoca “claramente” muchas imágenes, pero la principal, la que debe “leerse sin glosa”

(EG 271), la que debe “olerse” es, sin lugar a dudas, la de pastores que pastorean a las ovejas, y no a sí mismos.

Con la imagen del “pastor con olor a oveja”, la parábola del Buen Pastor, tantas veces escuchada pero poco encarnada, se nos metió por la nariz con la fuerza de una brisa fresca que nos despertó de la ensoñación de las ideologías y rutinas, y nos puso de nuevo en camino con ardor evangélico. El olor a oveja se pega cuando el pastor está en medio de su pueblo. No hay manera de crearlo en laboratorio. Y no es que se le pegue al pastor cuando pastorea a su pueblo en la cercanía, sino que es su propio olor de oveja, que le recuerda que el pueblo al que pastorea es el mismo del que fue sacado.

El “olor a oveja” congrega los temas bergoglianos de la unción²⁸, del velar y custodiar, del discernimiento, atento a alimentar al rebaño con sana doctrina y a defenderlo de los enemigos, los lobos que se disfrazan con piel de oveja, pero no pueden disimular su “olor a lobo”. Así, el sentido espiritual del olfato permite al obispo descubrir y rechazar la tentación de la mundanidad espiritual, con sus perfumes sofisticados, y le brinda un criterio de discernimiento “olfativo”, para mantener la pertenencia al rebaño del que fue sacado y para ser reconocidos por las ovejas y que no se le pierdan.

Obispos que rezan con su pueblo

La oración personal y la oración litúrgica del pastor, en el pensamiento del actual Pontífice, no son, como no lo es la unción, algo para perfumar su persona, sino algo que “se derrama y alcanza las periferias”, como el óleo que desciende de la cabeza de Aarón y

24. “Así como la Iglesia es misionera por naturaleza, también brota ineludiblemente de esa naturaleza la caridad efectiva con el prójimo, la compasión que comprende, asiste y promueve” (EG 179).

25. Benedicto XVI, encíclica *Deus Caritas est*, n. 25.

26. Papa Francisco, Homilias en Santa Marta, 31 de enero 2014.

27. Cfr. D. Fares, “Pasce il mio gregge”, en: San Agostino, *Sul Sacerdocio*, op. cit., VI.

28. Papa Francisco, Homilía en la misa crismal, 28 marzo 2013.

se derrama hasta la franja de su ornamento”²⁹. Por eso, la oración del pastor a la que alude está llena siempre de rostros y lo que sube “como incienso directo al corazón del Padre es la fatiga del trabajo pastoral”³⁰, imagen que el Sumo Pontífice hizo sentir como una caricia de Dios a los sacerdotes en la última misa crismal.

Se puede delinear la figura del obispo que reza, mirando primero cómo, centrado en Cristo, trasciende en el servicio a su pueblo³¹, para de allí sacar algunos rasgos de cómo puede ser su trascendencia a Dios, su santidad y su oración personal: “La misma epímona y parresia que debe ejercitar en la predicación de la Palabra la debe tener en la oración”³².

Esta espiritualidad que brota de la acción pastoral concreta es la que recomendaba insistentemente a los pastores Juan Pablo II en *Pastores dabo vobis*³³. La había delineado ya 12 años antes, en una homilía sobre “La espiritualidad del presbiterio diocesano hoy”, en la que remarcó a los sacerdotes “la razón pastoral de su ser”:

Un sacerdote (y más un obispo) que no supiera encuadrarse por entero en una comunidad eclesial no podría, ciertamente, presentarse como modelo válido de vida ministerial, estando como está dicha vida esencialmente inserta en el contexto concreto de las relaciones interpersonales de la comunidad misma.³⁴

Pastores dabo vobis pone como ejemplo al santo obispo Carlos Borromeo, que amaba

la espiritualidad de los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio. Los ejercicios proponen a los pastores unir contemplación y acción del modo como lo explicaba San Pedro Fabro: “Buscando a Dios por el Espíritu en las buenas obras, se lo encuentra enseguida en la oración, mejor que buscándolo primero en la oración para encontrarlo después en la acción, como se suele hacer a menudo”³⁵. Por eso recomendaba a las personas de vida activa: “Ordenen todas sus oraciones al tesoro de las buenas obras, que no al revés”³⁶. Es decir, que miren lo que tienen que hacer y la gente con la que tienen que tratar y recen pidiendo las gracias que necesitan para llevar a cabo sus tareas como quiere el Señor.

Así también San Carlos Borromeo escribía:

Nada es tan necesario a los eclesiásticos como la meditación que precede, acompaña y sigue todas nuestras acciones. Si administras los sacramentos, hermano, medita lo que haces. Si celebras la misa, medita lo que ofreces. Si recitas los salmos en el coro, medita a quién y de qué cosa hablas. Si guías a las almas, medita con qué sangre han sido lavadas; y todo se haga entre vosotros en la caridad (1 Co 16, 14).³⁷

La trascendencia, por tanto, de la que siempre habla el Sumo Pontífice, es doble: hacia Dios y sus santos, en la oración y hacia el prójimo, hacia el pueblo de Dios. Como les decía a los obispos mexicanos: “¡No dejen la oración!, ese negociar con Dios del obispo por

29. “Los presbíteros conseguirán propiamente la santidad ejerciendo su triple función sincera e infatigablemente en el Espíritu de Cristo” (Concilio Ecuménico Vaticano II, decreto *Presbyterorum Ordinis* [PO] 13).

30. Papa Francisco, Homilía en la misa crismal, 2 de abril de 2015. Cfr. CD 27.

31. “Solo si se está centrado en Dios es posible ir hacia las periferias del mundo” (Papa Francisco, Homilía en la Iglesia de Jesús, 3 de enero de 2014, donde puso como ejemplo a San Pedro Fabro, en su deseo de “dejar que Cristo ocupe el centro del corazón” (P. Fabro, *Memorial*, San Miguel, Diego de Torres, 1983 n. 68).

32. Papa Francisco, Discurso a la Reunión de la Congregación para los Obispos, *op. cit.*, n. 7.

33. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, 25 de marzo de 1992, n. 23.

34. Homilía del 4 de noviembre de 1980.

35. Cfr. P. Fabro, *Memorial*, *op. cit.*, nn. 126-127 con sus notas.

36. *Ibid.*

37. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, *op. cit.*, n. 72. Cfr. Carlo Borromeo, *Acta Ecclesiae Mediolanensis*, Milán 1559, 1178.

su pueblo. No lo dejen. Y la segunda trascendencia: cercanía con su pueblo”³⁸.

Por eso, el olor a oveja no es solo el olor de las ovejas terrenas, sino también el de las que ya están en las praderas del cielo: es el olor agradable de las ovejas santas, que se adquiere por la frecuentación familiar con ellos en la oración y en la lectura de sus vidas. En la figura del obispo que tiene en mente el papa, el ejemplo de los santos y, de manera especial, de los que han sido grandes evangelizadores de pueblos, es esencial. Los santos que el papa está canonizando con la metodología que se llama equipolente “son figuras de grandes evangelizadores, que están en sintonía con la espiritualidad y la teología de la *Evangelii Gaudium*. Por eso he elegido esas figuras”³⁹. Son mujeres y hombres evangelizadores amados por su pueblo, que se inculturaron para inculturar el evangelio.

Este deseo de “inculturar el evangelio” influye poderosamente en la oración del obispo evangelizador y pastor. Bergoglio siempre fue un obispo que rezaba a los santos con su pueblo, imbuido desde niño en la piedad popular, gracias a su *nonna* Rosa, que le “contaba las historias de los santos” y lo “llevaba a las procesiones”⁴⁰. La imagen de trascendencia a Dios en la oración, que propone el papa a los obispos, tiene que ver con el modo de rezar y adorar a Dios propio del pueblo fiel. El papa quiere obispos que recen con su pueblo, obispos cuya oración esté perfumada con la espiritualidad y mística popular.

Obispos con “olor cristológico”

La imagen del pastor con olor a oveja es una imagen emblemática, de esas que como

dice Guardini, son imágenes primordiales, con gran poder evocador⁴¹. Y aunque ha sido citada y utilizada hasta el punto de convertirse en un lugar común, puede dar pie a una breve reflexión teórica más. Es solo un esbozo, una invitación a entrar en la densidad teológica, antropológica y ontológica del lenguaje del papa Francisco.

En primer lugar, hay que valorar bien el uso de las metáforas que hace el Sumo Pontífice. Hay gente que no comprende este lenguaje, les parece simplón, impropio de un papa, y hasta sin contenido teológico. Es muy curioso este fenómeno y da qué pensar: que la gente “lo entienda” y haya letrados que lo menosprecien. Algunos consideran que llegar no solo al corazón, sino también a la mente de la gente, no puede ser sino “populismo”. ¿Es así? De ninguna manera. La fe bien ilustrada no solo es para las mentes ilustradas. Hay una “ilustración” que viene de la unción del Espíritu”, se da a los pequeños y los vuelve más sabios que los sabios de esta cultura (cfr. Mt 11, 25-27; Jn 2, 26-27).

Las metáforas del papa deben ser valorada como lo que son: imágenes que, en el mar de palabras del mundo de hoy, actúan como el silbido del pastor a quien sus ovejas reconocen perfectamente y se dejan mover por él. Su lenguaje no es solo “original” –el de un “latinoamericano”–, sino que, porque es lindo, es también verdadero y hace bien al corazón. Y se le puede aplicar lo que decía Aristóteles: sobresalir en metáforas es índice de mayor inteligencia⁴².

Si contemplamos trinitariamente la figura del pastor con olor a oveja y usamos con

38. Papa Francisco, Discurso a los presidentes de la Conferencia Episcopal de México en la visita *ad limina apostolorum*, 19 de mayo de 2014.

39. Papa Francisco, Encuentro con los periodistas durante el vuelo a Manila, 15 de enero de 2015.

40. “Desde chico participé en la piedad popular”, J. Cámara – S. Pfaffen, *Aquel Francisco*, Córdoba, Raíz de Dos, 2014 31 s.

41. R. Guardini, “Sobre la esencia de la obra de arte”, en *Obras selectas*, t. 1, Madrid, Cristiandad, 1981, 314 s.

42. Aristóteles, *Poética*, 1459a 5 ss. Aristóteles afirmaba que crear metáforas es un “don incomunicable”, pero todos las podemos gustar.

libertad ese gusto que sentían los padres de la Iglesia como San Agustín, al atribuir una cualidad de manera más propia a una de las Personas divinas, el olor a oveja es propio de la Persona de Cristo. Es “olor cristológico”, olor de encarnación y de pasión, de pañales y sangre, es sudor del que camina con sus discípulos y se ve rodeado por las multitudes, es olor a pata de lavado de pies y olor a las vendas de un Lázaro que ya huele; también es perfume de mujer, como el de María, que inunda la casa, aroma a lirios del campo y a viento del mar adentro hacia el que manda bogar a Simón Pedro.

Juan Pablo II afirmaba:

Considerada en profundidad, la dimensión cristológica del ministerio pastoral lleva a comprender el fundamento trinitario del ministerio mismo. La vida de Cristo es trinitaria (...) Esta dimensión trinitaria, que se manifiesta en todo el modo de ser y de obrar de Cristo, configura también el ser y el obrar del obispo. Con razón, pues, los padres sinodales quisieron ilustrar explícitamente la vida y el ministerio del obispo a la luz de la eclesiología trinitaria de la doctrina del Concilio Vaticano II.⁴³

Este “olor cristológico” ilumina la antropología del papa Francisco y nos lleva a pensar en su opción por tomar como punto de partida la belleza, antes que la verdad y el bien. Es un discernimiento suyo de lo que necesitan los oídos de las ovejas de hoy, saturados de definiciones dogmáticas en discusión y de consejos morales imposibles de cumplir. Con el *pulchrum* entra el bien y, luego, uno mismo, de corazón, desea la verdad. Esta es la pedagogía del pastor.

Si lo pensamos filosóficamente, el olor a oveja tiene que ver con el *pulchrum*. Un *pulchrum* netamente cristológico, en cuanto que la belleza y la gloria se manifiestan bajo forma contraria, aunque sin exagerar, ya que

el olor a oveja no es desagradable para el pastor. Y si reflexionamos desde una perspectiva “política”, teniendo en cuenta los cuatro principios, de Francisco, la imagen olfativa del olor a oveja nos acerca al principio del todo, que es superior a las partes: el olor a oveja es “olor a la unción” que hace a la totalidad del pueblo fiel de Dios “santo e infalible *in crescendo*” (EG 119). Si algo tiene un olor fuerte es que totaliza y causa o rechazo total, como cuando un alimento está en mal estado, o atracción irresistible como un perfume agradable.

Este olor se da “en la cercanía del pastor”, cercanía con todos pero en especial con los enfermos, con los más pobres y alejados, los excluidos y descartados. Hay dos principios que se resuelven solo en la cercanía: el de la unidad que es superior al conflicto (porque lo propio del conflicto es distanciar y enfrenar), y el de la realidad que es superior a la idea, porque esto solo se experimenta bajando a la realidad, tocando las llagas, dejándose afectar por el prójimo.

Y si pensamos en el sudor del pastor que camina con sus ovejas, imagen de una Iglesia en salida que es “paradigma de toda la obra de la Iglesia” (EG 15; 17; 20), nos viene a la mente la convicción de que el tiempo es superior al espacio, porque el camino hay que surcarlo y recorrerlo, sin bloquearse por las contradicciones ni apoderarse de los espacios. Como dice *Evangelii Gaudium*: “Dar prioridad al tiempo es ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios” (EG 223).

El Pontífice no da lecciones sobre cómo tiene que ser un obispo; cuando habla a los pastores, se nota que tiene un oído puesto en el Evangelio y el otro en el pueblo fiel (*cfr.* EG 154). Se visualiza entonces, a través de sus palabras, de sus pausas, de sus ejemplos, de sus sonrisas y de sus gestos, una figura macizamente unificada de lo que es un pastor

43. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Pastores gregis* (16 de octubre de 2003), n. 7.

centrado en el amor a Jesús y que unifica a su pueblo: un hombre de comunión.

Este fue el centro del discurso a los obispos italianos en mayo del 2014. Francisco tuvo un gesto significativo: les regaló a los obispos las palabras de Pablo VI, en las que reclamaba a la misma Conferencia Episcopal Italiana, el 14 de abril de 1964: “una efusión del espíritu de unidad” que efectúe una “animación unitaria en el espíritu y en las obras”⁴⁴. Esta unión es la clave para que el mundo crea, para poder ser “pastores de una Iglesia (...) anticipo y promesa del Reino”, que sale al mundo con “la elocuencia de los gestos” de “verdad y misericordia”⁴⁵.

Esta figura de “hombres de comunión” para dar esperanza al mundo, es la última que señalamos como la figura del obispo que

nos pone delante el que hoy es el obispo de Roma, la Iglesia que “preside en la caridad a todas las Iglesias”⁴⁶.

Como el Pontífice dijo a los obispos italianos el 18 de mayo pasado, ser hombres de comunión requiere de una especial “sensibilidad eclesial”. La unión es obra del Espíritu que obra gracias a obispos pastores y no a “obispos-piloto”. Estos pastores refuerzan “el indispensable rol de laicos dispuestos a asumir las responsabilidades que les competen”. Su sensibilidad eclesial “se revela concretamente en la colegialidad y en la comunión entre los obispos y sus sacerdotes, en la comunión entre los obispos mismos; entre las diócesis ricas —material y vocacionalmente— y aquellas que tienen dificultades; entre las periferias y el centro; entre las conferencias episcopales y los obispos con el sucesor de Pedro”⁴⁷.

44. Papa Francisco, discurso a los participantes de la 66.^a Asamblea Generale della Conferenza Italiana, *op. cit.*

45. *Ibid.*

46. Papa Francisco, Primera bendición apostólica *urbi et orbi*, *op. cit.*

47. Papa Francisco, Discurso a la 68.^a Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana, *op. cit.*